

si 6095

UNIVERSIDAD DE CUENCA

Presencia de la Poesía Cuencana

48

NUMERO EXTRAORDINARIO

Remigio Romero y Cordero

CONDORICAMENTE

CUENCA—ECUADOR

1968



E861.4

si6095

mlu 141277 (LUCY)

E 805

U 48 P

si 6095

REMIGIO ROMERO Y CORDERO

CONDORICAMENTE

Libro dedicado a las tierras leonesas

Homenaje de la Universidad de Cuenca al Maximo
Poeta Remigio Romero y Cordero.

Preludio de Rigoberto Cordero y León.

"ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA"

PRELUDIO SOLO EN ALAS

Condóricamente Remigio Romero y Cordero sobre el más alto cielo de la Poesía...

Condóricamente el condórico Poeta dejando caer desde su altura solamente de luz y de armonía la maravilla perfecta y absoluta de su luminosa Poesía...

Cóndor, solitario Cóndor, único Cóndor en el cielo infinito de la Poesía que sus alas batan en condórica armonía...

Solamente solo, como correspondé al Cóndor que nunca busca compañías para su vuelo, para ese vuelo en que se bebe mágicamente el sol... Solo el Poeta que se siente condóricamente dueño y señor y dominador de todos los cielos poéticos del mundo y de más allá del mundo...

Majestuosamente grande, infinitamente grande, deslumbradoramente grande... Grande por nacimiento en nido de Cóndores y por haber hecho del verbo enseñanza de luz para el sol que sus pupilas ven con legítimo derecho frente a frente...

Solo en las inmensidades, que el Cóndor se está siempre solo para dar a cualquier horizonte la suprema armonía de sus alas...

Desde lo alto, el Cóndor viviendo su luz y la luz en el prodigio del ser luminoso, batiendo sus alas en luz y dejando que el aire batido por sus alas vaya a tierra: nadie mejor que el Cóndor puede contemplar la tierra desde su altura inalcanzable y amar la tierra con verdadero amor que es beso de su luz y beso de la luz para la tierra...

Condóricamente amando y comprendiendo y bendiciendo la belleza de la tierra Remigio Romero y Cordero... Condóricamente integrando la tierra a su altísimo cielo poético y dejando que la sombra luminosa de sus alas sobre la tierra sea comprensión en amor de la tierra, bellísima comprensión que habrá de dar a la tierra vida sin tiempo...

Condóricamente contemplando el Cóndor la belleza de la tierra, condóricamente mandándola amanecer en la plena amanecida de la infinita sombra luminosa de sus alas...

Sólo el Cóndor puede así mirar y amar la tierra, sólo condóricamente puede así sentirse el bellissimo mensaje de la tierra y ser al propio tiempo el Sagrado Cantor de la Tierra y el Supremo Profeta que anuncia para la tierra nuevos florecimientos mucho más florecidos todavía...

Oteando desde la más alta altura el sencillo prodigio de una tierra bella y sensitiva... Oteando el Cóndor desde horizontes por donde sólo se anda la

pureza quemante del sol, oteando cuanto guarda en belleza la tierra y guardándola en sus pupilas para encenderla en más belleza de amores todavía...

Guardando el Cóndor en sus pupilas la belleza de la tierra para ofrecerla al sol cuando el sol quiera hermanarse en fuego con el canto del Cóndor...

Cóndor por derecho antiguo y actual y de siempre del nacer, Cóndor nacido Cóndor Remigio Romero y Cordero... Se nace Cóndor, sí, se nace Cóndor, así como se nace mar, así como se nace montaña, así como se nace astro...

Condóricamente Cóndor Remigio Romero y Cordero en lo más alto del cielo poético del mundo... Para él solamente la luz solar con la que sabe entenderse tan íntima y hermanablemente... Para él sólo las regiones donde se originan las grandes luminosidades o también las grandes tormentas: el Cóndor no es sino connubio de luz y tormentas en el alma...

RIGOBERTO CORDERO Y LEON

SONETARIO INICIAL

I

Tras nuevas tierras en la lejanía,
con naturalidad de peregrino,
mi instinto migratorio tornó un día
al dolor ambulante del camino...

La augusta soledad —la compañera
de los ojos mansísimos de esclava—,
en los recodos de la carretera,
alguna vez, como mujer, lloraba...

Y, alguna vez también —a la hora mustia
en que la tarde el occidente angustia
con la puesta del sol—, dije el gemido.

Y, ante los lampos de fulgores rojos,
pensé en mi tierra; y la busqué, dolido,
hurgando las distancias con los ojos...

II

Del destino de errar place el encanto
de no saberse dónde va la senda,
dónde del polvo ha de limpiarse el manto
y alguna noche ha de dormir la tienda...



Se desconoce el pan de los yantares,
se ignora el grado de dulzor del agua...
Ni amores, ni cariños, ni cantares,
nada que en la emoción prenda una fragua

Cuánto place llegar a lo lejano,
seguro —en lo interior— de ser humano,
de cumplir, como todos, sus destinos...

Hasta que a uno le impondrá la suerte
la irrupción en el valle de la muerte,
triste de andar y enfermo de caminos...

III

Provincia de León, tierra florida,
a tí mi sonetario de viajero,
porque es el ritmo de mi propia vida
y la inquietud sonante del sendero...

Yo mismo ignoro qué hermosura se halle
en mi libro —este libro, que es mi centro...
Mas, es el libro que escribí en tu valle,
cuando era la hora musical de adentro...

Hice alto en el viajar... Miré, a tu vera,
la maravilla de tu primavera,
el prodigio inaudito de lo santo...

Y —como es mío el dón de la armonía—
del ánima del sol hice mi canto,
vuelto palabras el fulgor del día...

IV

Yo te amo, tierra hidalga... Tus volcanes,
tus llanuras, tus bosques y tus ríos,
tus nubes de color, tus huracanes,
tienen la gracia de volverse míos...

Tus Andes se me adentran en la vida;
y, con su grave majestad de moles,
avalanchas de nieve derretida
dejan correr al fuego de mis soles...

Me identifico a tí, tierra leonesa...
Me identifico a tí con toda esa
virtud de artista que mi ser aclara...

Y, en mis horas de sol o de celaje,
pontificio, magnífico, en el ara
de sumo sacerdote del paisaje...

V

Yo soy aquel que anduvo los países,
en busca de emociones para el arte,
bajo los cielos claros y los grises,
listo siempre a marchar hacia otra parte...

Odié ser sedentario... Mis cabellos
el viento alborotó de cien comarcas...
Al desierto cansaron mis camellos,
y hurgaron al océano mis barcas...

Yo ví los climas de distintos nombres...
En los conglomerados de los hombres,
ví las diversidades de la especie...

Y bien puedo decir que aún me espera
—pidiendo a Dios que el temporal no arrecie—
en más de alguna playa una extranjera...

VI

Ahora, yazgo buenamente quedo...
Milagro de esta tierra bendecida,
donde no inspiran ápice de miedo
esto que llaman cosas de la vida...

Ahora, las quietudes del reposo,
en mitad de lo dulce y de lo bello;
mientras sienten un algo nostálgico,
lejos de mí, la barca y el camello...

Ahora la gran paz: la paz interna...
En las noches del alma, la linterna
de la esperanza se prendió en alburas...

Y, tras de las blanquísimas vidrieras,
hay un largo silencio de aventuras
y una honda soledad de carreteras...

VII

Ya no quiero, camino, que te brindes
al errátil anhelo de mis horas;
ya no quiero el enigma de las lindes
—hélices, alas y locomotoras...

Me ha tocado saber dónde haya fuente
para saciar la sed... Dónde haya abrigo...
Un fogaril humilde, que caliente...
Y un pan —limosna que hace al hombre el trigo...

Dormir, al fin, dormir las noches suaves...
Ser ya como las aves —pues las aves
tienen nidos de paja donde se ama...

Ser ya como los vientos —pues los vientos,
al tocar con las hojas de la rama,
se detienen siquiera unos momentos...

VIII

Gracias a ti, provincia bella y buena,
a quien la gracia de los cielos valga,
que —siendo americana— eres morena,
y que —siendo española— eres hidalga...

Gracias a ti, ciudad, que, al pie del monte,
ceñido a tu cabeza el gorro frigio,
te pones a mirar en tu horizonte
la propia majestad de tu prodigio...

Gracias a ti, ciudad... Cuando a tus calles
trae el viento el aroma de los valles,
hay un íntimo són de égloga pura...

Y el Cotopaxi de ojos pensativos
cabrillea a su mágica blancura
sobre el temblor de paz de los olivos...

IX

Mi dádiva es mi música... Se labra
del propio yo con el vigor secreto;
y, en el vaso genial de la palabra,
se le ofrece a la gloria del soneto...

Mi dádiva es mi verso... Cuando vibro,
en lo interior me nace la armonía,
y hago el milagro de crear el libro,
como el sol crea buenamente el día...

Mi dádiva soy yo... De lo disperso
colecto la hermosura... Pongo en verso
la esencia de tal mundo de hermosura...

Y en tu valle, provincia leonesa,
dejo que suene, así, la voz más pura,
esa que es todos los poemas, ésa...

X

A vosotras, las rosas callejeras;
a vosotras, las rosas diminutas,
que, en los bardales de las carreteras,
de lado y lado, contempláis las rutas...

A vosotras, estrellas peregrinas,
que, en las lánguidas noches leonesas,
ponéis fulguraciones argentinas,
evocando leyendas de princesas...

Sobre todo, a vosotras, oh mujeres,
maravilla de Dios y de sus seres,
os pide inspiración el sedentario...

Que siempre salen las estrofas bellas,
cuando labra el poeta el sonetario
con mujeres, con rosas, con estrellas...

XI

Venid, entonces, todos al convite
del verso puro y la canción interna,
donde el motivo lírico repite
yo no sé qué dulzura sempiterna...

Acercáos al ágape sonoro
de la rima de luz y el són de aroma,
del ritmo azul y la cadencia de oro
que abren al sol sus alas de paloma...

Es fiesta de hermosura en primavera...
Por el vasto verdor de la pradera
han venido las églogas, tranquilas...

Y el alma come de ázimos pascuales,
al campestre rumor de las esquilas
y al agrario sonar de los trigales...

XII

Entiendo esta provincia en su belleza;
ahondo en su vivir; sé de su calma;
comprendo su alegría, su tristeza,
su mismo corazón y su propia alma...

Esto era para mí, con sus primores,
sus hábitos, sus gentes, sus rebaños;
esto era para mi arte y mis amores,
desde hace, por lo menos, cien mil años...

Motivos para mí... Motivos míos
los prados, los oteros y los ríos,
la nieve, el huracán, la selva, el lampo...

Que, mientras iba errante en cada viaje,
me esperaba, hace siglos, este campo,
me esperaba, puliendo su paisaje...

XIII

Provincia de León, a ti la ofrenda:
flores de adentro en interior guirnalda,
a las puertas tejida de mi tienda
y de tu monte azul puesta en la falda...

Horas que suenan, días que han tenido
la virtud de la música completa;
horas y días que el señor olvido
no encerrará en la tumba del poeta...

Provincia de León, siempre que vibro,
hago nacer la majestad del libro,
y se me dan momentos más serenos...

Provincia de León, acepta ahora
estas páginas suaves en que, al menos,
mi palabra es más mía y más sonora...

SONETARIO DE LAS AGUAS

I

Voces del río, balbucir de espumas,
gemidos de las olas, que están hechos
con el fervor de las huídas sumas
y el azote en las piedras de los lechos...

Voz renegrada de las torrenteras,
voz estentórea del terrible invierno,
desgalgarse de lluvia en las laderas,
remolinos de fango en són de infierno...

Rumor de las lagunas, casi brisa,
gorgoritando cristalina risa,
debajo las quietudes estelares...

La voz del agua es un temblor de anhelos
que se agita en las nubes y en los mares
y enmudece en las nieves y en los hielos...

II

Nieve del Cotopaxi, agua suprema
que de diez mares de la tierra subes,
y —para ser en el volcán diadema—
vas al laboratorio de las nubes...

Nieve del Cotopaxi, frígida agua
a quien del cóndor rompe el aletazo,
que miras la cabeza al Tungurahua
y la testa le ves al Chimborazo...

Nieve, si el sol te derritiera, el río
que bajara de ti, blanco y bravío,
inundaría las remotas zonas...

Nieve, si el sol te derritiera, aleve,
acaso no bastara el Amazonas
para volver al Cotopaxi nieve...

III

Por álveo rojo de ribera pobre
van unos ríos entre arena y cardo,
con crin de espumas de color de cobre
y ellos mismos color de leopardo...

Color de piel de tigre van algunos,
azotando las rocas de granito;
otros van, silenciosos y cebrunos;
otros van hechos sangre en cada grito...

Hay ríos amarillos, negros, blancos...
Sobre el césped y dentro los barrancos,
mueven la crin oscura, gris o flava...

Y pasan, en magníficos turbiones,
por lechos de salitre, piedra y lava,
pensando en las antiguas erupciones...

IV

Arroyuelos, humildes arroyuelos,
la verde yerbabuena os embalsama,
cuando váis caminando, pequeñuelos,
por la alfombra sedaña de la grama...

Vuestras ondas se huelen a tomillo;
vuestras espumas saben a romero;
vuestras gotas, espléndidas de brillo,
son el agua florida del otero...

Aguas dulces, dulcísimas y puras...
Cristales que aprisionan las frescuras
para las grandes sedes meridianas...

Aguas de los arroyos peregrinos,
que los perfumes de las mejoranas
váis haciendo rodar por los caminos...

V

La paz de la laguna que se estanca...
Quilotoa, la fría Quilotoa,
cual si, en circunferencia blanca, blanca,
su propia cola se mordiera un boa...

Tragedias de silencio que importuna
no sé qué de la angustia ultraterrena,
como si el alma gris de la laguna
fuese, junto a la nieve, un alma en pena...

Dicen que, cuando del volcán la fragua
anuncia una erupción, revienta el agua,
suena la espuma rota en un arcoiris;

y emerge, entre el desborde del desagüe,
puesto el llauta sagrado de los shyris,
el fantasma del indio Rumifagüe...

VI

Agua del regadío, entre las verjas
del jardín... O que das vueltas continuas
al campo del maíz y las alverjas,
al campo de las habas y las kínuas...

Agua que haces temblar, de amor, el germen;
agua, que las raíces desalteras;
agua, en cuyas moléculas se duermen
las floraciones de las primaveras...

En el glogló con que te vas hay algo
de suspiro y de sol... El campo, hidalgo,
te acoge tal como si fueras lluvia...

Y Dios detiene tu rodar sonoro
en el encanto de la espiga rubia
y en el primor de la mazorca de oro...

VII

Agua de la represa bajo sauces,
la que mueve la rueda de la aceña,
la que deja en los quingos de los cauces
los guijarros lamidos a la peña...

Agua que, alegre y sin cesar, camina;
agua que tiene líricos amigos;
agua que fuerza a prodigar harina
al diamante moreno de los trigos...

Sabe los madrigales de la tolva...
Y, cada vez que en el molino empolva
su volumen de espuma, mejor canta...

Agua que ha trabajado noche y día...
Agua que tiene no sé qué de santa,
pues ayuda a formar la Eucaristía...

VIII

Mansa llega la lluvia, buena y mansa...
Huele a tierra mojada el campo verde...
El caer de las gotas no se cansa...
Este año, el sembradío no se pierde...

Qué suave modo de llover... Se puebla
de rumor de agua el universo entero;
y el linde forestal, bajo la niebla,
tiritando, cabeceando al aguacero...

Golpe pluvial de gota... La alameda
lava en la lluvia la verdosa seda
de sus frescos caireles y ventalles...

La sensación que sienten las praderas...
Y cómo van torrentes por las calles,
después de remozar las sementeras...

IX

Agua que brotas, trémula de gases,
desde el abismo mineral... Vendimia
de químicos secretos, como en fases,
para unas aventuras de la alquimia...

Agua que haces milagros al enfermo;
y que, en prodigio blanco de burbujas,
brotas del peñascal, saltas del yermo,
revientas de las cuevas para brujas...

Los enigmas plutónicos conoces...
De la erupción las resonantes voces
oyes, antes que nadie, en lo remoto...

Y ruges, pavorosa, en són de guerra,
cuando —huracán de adentro— el terremoto
destroza las entrañas de la tierra...

X

Derrepente, el diluvio, ante el desmayo
de un sol que palidece de insereno...
Algo galopa en el corcel del rayo
y lo encabrita en la mitad del trueno...

Las nubes están negras... Goterones
detrás de goterones... Quién deshizo
la tempestad del cielo, sus ciclones,
y los lanza a la tierra, entre granizo...?

Horror de la tormenta... Lluve a mares...
Ni siquiera los bosques seculares
el impetu resisten del diluvio...

El campo es un león de ojos sangrientos
a quien se agarra, en el pelaje rubio,
cada gota del llanto de los vientos...



SONETARIO DE LAS MONTAÑAS

I

Las cabezas cifándose de tules,
rojos, albos, violetas —siempre hurañas,
glaucas unas, y lividas, y azules,
así aman su país estas montañas...

Inmenso anfiteatro para valles,
hondonadas profundas, abras, llanos;
donde se tiendan, bajo el sol, las calles,
cansadas de ambulares cotidianos...

Otras montañas, ásperas, sedientas...
Otras, la roca viva, cenicientas...
Unas en oscuridad, unas en lumbres...

Moles combadas, rígidas, bifrontes...
Aquí dijo la biblia de las cumbres
el hosco apocalipsis de los montes...

II

El bosque milenario... La espesura
en que los siglos de pupilas quietas
hallaron la selvícola clausura
para su agria mudez de anacoretas...

Religión del silencio en los boscajes...
Quietud indefinida que da miedo...
Cerca de estas montañas, los paisajes
han hecho el voto del susurro ledo...

Qué magnífica paz... Qué gran reposo...
Una acidia de tinte misterioso,
una calma tan lánguida y extraña...

Parece que medita el cataclismo
en sí la forma de la audaz montaña
viene a ser otra forma del abismo...

III

Aquí están los volcanes apagados,
aquí están los volcanes encendidos;
aquí corrió la lava por los prados
cuando era el vuelo de los tiempo idos...

Es el centro del mundo... Densos vahos
suben del cráter, al que siempre obsede
la remontanza del antiguo caos,
cuando el orbe asentábase en su sede...

Las olas de betún, las negras olas...
Respiración asmal, las fumarolas,
con que tose el volcán no sé qué tisis...

Y, al fin, la convulsión, la cruel, la seria,
en la crisis del fuego, en esa crisis
mezcla de ira, de tétanos, de histeria...

IV

Ahora, ya no así... Sólo la grieta
y sólo los pedrones, las pizarras,
donde tembló la esencia del planeta,
cuando el sismo clavóle entrambas garras...

Ahora el arenal —que aquella fragua
sedimentó, al pasar, el torbellino...
Mas —donde brota su canción el agua—,
grama y árboles, fruto, flor y trino...

Ahora, la verdura en primavera...
La gaya ilimitud de la pradera,
bajo un cielo de nácar bien bruñido...

La floresta, el jardín, la selva, el soto:
todo lo que, viviendo ha desmentido
la iracundia brutal del terremoto...

V

Montañas de occidente, hacia la costa,
balcones de granito, belvederes,
del río andino la encañada angosta
las orillas del mar abre a los seres...

La brisa serranera el horno orea
del trópico, encendido en rojos brillos;
y hay un sabor de miel, de miel hiblea,
en los cañaduzales amarillos...

Ya el litoral de inextinguible fuego
se funde con el linde serraniego...
Ya el contrafuerte de la cordillera

baja al mar y en la arena se desmaya...
Así la cima, enantes altanera,
abate su altitud, en són de playa...

VI

Visiones tropicales... Bien se enhebra
la trepadora en árboles titanes;
bien corre, entre la grama, la culebra,
y surcan el estero los caimanes...

Por sobre el arrozal y los cafetos,
extraviada del mar, la garza vuela;
y, en las empalizadas de los setos,
hace el buitre de extraño centinela...

Se siente no sé qué quietud antigua...
Del verde corazón de la manigua
el breve palpitarse se escucha breve...

Y uno se abrasa en la hondonada pura,
mirando en el volcán blanquear la nieve
y sintiendo, de lejos, su frescura...

VII

Montañas hacia el Norte... Lo nervudo
del Andes, que se aplana buenamente,
para formar la majestad del nudo,
atrayendo al Levante y al Poniente...

Sitio audaz, donde entrambas cordilleras,
sombria cada cual, cada cual bruna,
se funden, abrazándose de veras,
en el frío perpetuo de la puna...

Se abrazaron... Después, con elegancia,
en círculo, se dan a la distancia,
de nuevo a la distancia peregrina...

Para hacer otro nudo en otro bando;
y ser la cordillera que camina,
abrazándose así, de cuando en cuando...

VIII

Illinizas, gemelos Illinizas,
que al planeta evitáis que se descentre,
aunque tenéis un feto de cenizas
en el secreto cósmico del vientre...

Montes gemelos que la nieve siembra
de un lúbrico blancor... Moles extrañas,
que los indios juzgaron macho y hembra
en aptitud de generar montañas...

Vuestra fornicación, al rudo gesto
da consanguinidades del incesto,
siendo hermanos los dos... Pero se finca

la historia vuestra en el ejemplo humano,
porque en hermana generaba el inca
la progenie del sol americano...

XI

Curaca de la nieve, jefe nato
del ayllu ecuatorial de cien titanes;
oh, natural señor del incaicato,
en tu Taguantinsuyo de volcanes...

Dios de los indios, que, en los horizontes
romperse ven de tu bondad el dique;
Guaynacápac Primero de los montes,
cacique Cotopaxi, gran cacique...

Manda la tribu de tu egregia gente,
coronado de cóndores la frente...
Que dicen tu epopeya de montaña,

con voz como del agua del Toachi,
Cayambe, Pasochoa, Quilindaña,
Antisana, Sangay y Cotacachi...

SONETARIO DEL PAISAJE LEVANTINO

I

Del verdoso nopal entre las palas,
que brotan flores púrpuras y guindas,
pariente del quetzal y las quetzalas,
el quinde policromó tras las quindas...

Dorándose de sol, las magueyedas
se columpian al viento meridiano;
y la luz cuaja, en los ramajes, sedas,
ante el éxtasis glauco del pantano...

Tal como que bosteza, cruza tarda
la negruzca rojez de la moscarda,
nadie sabe en qué práctica de ritos...

Y se tiñen los puntos incoloros,
cuando pasa el arcoiris hecho gritos
en el vuelo en bandadas de los loros...

II

Caballejo evirado, tras la quincha,
en actitud de buey pace su pasto,
y a la redonda yegua que relincha
alza a mirar con un cariño casto...

Entretanto, la cóndora, que otea
sobre los recentales y becerros,
sintiendo en el instinto la marea,
vira en vuelo magnífico a los cerros...

El cóndor, todo trémulo de fiebre,
la hace madre... Después, cae en la liebre;
impávido, la garra audaz le siembra;

y luego, se remonta, bruscamente,
como si en pago le llevara a la hembra
por su poco de amor, sangre caliente...

III

Es la región del valle levantino;
es la jungla oriental, el bosque sumo,
donde tiene su imperio y su destino
la majestad leónica del pumo...

Junto al jaguato y junto a la jaguara,
el jaguar de pupilas de rubíes;
y, dentro el agua, de color de jara,
la turbamulta de los agamíes...

Tiembla la jungla... Se alzan los jaguares...
Un palmipedo triste, en los paulares,
ulula gritos recargados de úes...

Y se aman, en las ramas, como en troncos,
el cacique de un ayilu de sajúes
y la hija del curaca de otros monos...

IV

Se arrastra el boo constrictor... La boa,
de grandes listas como piel de cebra,
es una mole que en el vientre incoa
la estirpe señorial de la culebra...

El río —todo él épico de oriente—
sus espasmos da al viento como lonas...
Si el río generara en la serpiente,
fueran las aguas de los Amazonas...

Aguas-serpientes, hijas del gran acto...
Se pondrían los padres en contacto,
anillándose anillos de onda y carne;

huracanara el huracán su loa;
y aplaudiera la jungla el recio encarne,
de generar el río en plena boa...

V

Selva de oriente ya —troncos sin carie,
raíces sin dolor, brazos nervudos—,
donde el pumo y la puma son barbarie
cabalgada por jivaros desnudos...

La música salvaje hiere el lomo
del monte... Fino, el pífono se ahueca...
El golpe del tunduli bronco es como
la voz de una pedrada en piel reseca...

Si gritara la selva levantina,
nunca fuera el rugido que clarina
el hambre —de las bestias en las panzas...

Fuera el grito del jívaro que acecha
y hunde en cabezas de indios— para tanzas—
el veneno hecho línea de la flecha...

VI

Singlan, aguas abajo, las canoas...
Dentro del cauce, es el hervor sonoro
de los ríos —los Napos y Langoas...
En la playa, arde en sol la arena de oro...

Oro de nieve, en la altitud florida;
oro natal con que Occidente enjoya
la cósmica Amazonia, distendida
en la totalidad de la Gran Hoya...

Oro que motoriza hacia adelante
la pujanza fluvial, y al Mar de Atlante
ciñe, sin duda, la salada frente...

Oro que acaba con las manos llenas,
después de haber cruzado el Continente,
en nave de ondas y en bajel de arenas...

VII

Irrumpe, sacudiendo los matorros,
la núbil india de pupilas hoscas...
Su alma tendrá las uñas de los zorros
y alas como las alas de las moscas...

Mira al blanco de frente... El ojo agita...
Y, al sentir en la carne el rudo enrosque
del deseo, en la carne lo encabrita,
hundiéndose, otra vez, dentro del bosque...

Se oye un aullido humano... La espesura
conmueve en brusquedades de verdura...
Y al punto asoma, acariciando el hacha,

el jivaro guardián que, a un tiempo, enselva
la animal doncella de la muchacha
y la pureza bruta de la selva...

VIII

Del árbol van las aves hasta el tope;
ruedan las liebres hacia el precipicio;
y hay, en el prado, un trágico galope
de antilopes, que están perdiendo el juicio...

El jaguar tras los ciervos... De repente,
salta el jaguar sobre el que va a la zaga...
Y en el jaguar el ojo es como diente...
Y es primero la garra la que traga...

El ciervo, bajo el peso, se acurruca...
La dentellada pártete la nuca,
el zarpazo destrózale las ancas...

Y, al caer, deja el ciervo, por el prado—
entre manchas de sangre— manchas blancas
de la espuma de miedo que ha sudado...

IX

Mar vegetal, océano de ramas,
arrimeré tus montes en mi monte;
y, de puntillas, vi cómo derramas
tu grandeza, colmando el horizonte...

Tu amplitud me fatiga... Eres más grande
que el ponto, que el misterio, que el abismo,
más que la tempestad y más que el Ande,
tan sólo similar al hombre mismo...

Mar vegetal, océano boscoso,
tras tu amplitud, un poco de reposo...
Que decolle el volar del argonauta,

que desande lo andado del camino,
y que regrese a la sabida pauta,
piloteando el soneto gongorino...

SONETARIO DE LOS ARBOLES

I

El pino sin pinar que el llano habita,
apenas cabecea, algún instante,
con una dejadez tan exquisita,
en una soledad tan elegante...

El pino sin pinar que huyó al pinedo,
y que, en el corazón de la llanura,
es esa verde soledad con miedo
y esa vasta pereza de verdura...

El pino sin pinedo circundante,
el de la soledad tan elegante,
el de la dejadez tan exquisita...

El pino sin pinar que huyó al pinedo,
y que en el corazón del llano habita,
como una vasta soledad con miedo...

II

La eucalipteda, hacia el alcor lejano,
se ciñe la cabeza de neblina—,
turbante de humedades del pantano,
toca del vaho de la nieve andina...

Así, con blanco la cabeza bruna,
se abandona al vaivén del viento frío—;
de aquel que en agua remojó la puna,
cuando iba por los páramos el río...

El pañuelo neblínico de seda
se desata, después, la eucalipteda...
Entonces cae del vacío, a plomo,

sin duda alquitarándose en la luna,
un pedazo de sol tan frío— como
si en el sol tiritara alguna puna...

III

Azotó el arbolado el rayo, ha días...
Hendió el tronco de un árbol. Y éste, ahora,
todo él manchado de melancolías,
con una lluvia de hojas secas llora...

Muriendo está de pie —sin duda de hambre,
de sed, sin duda, en un dolor de ignavia—,
porque el rayo, corriendo a la raigambre,
le envenenó en parálisis la savia...

Ya no se mece el árbol, ya no siente
el aire de las alas en la frente...
Entre los otros, lánguido y sin brillo,

sin vanidad de sol en la cabeza,
es un silencio largo y amarillo
que se muere de paz y de tristeza...

IV

La planta humilde y el arbusto enano
tienen derecho al musical tributo,
porque de ellos también son el verano,
la primavera y el invierno bruto...

Hacen flores, albergan pajarillos,
abriendo al sol paupérrimos caireles;
y, mientras más sin nombre y más sencillos,
acaso a las abejas dan más mieles...

Ellos también completan lo nativo...
Ellos también son campo, y campo vivo,
en el sabor de mentas voladoras,

que dan las hierbabuenas a las brisas,
dentro las bayas de las hierbamoras
y en las espigas de las hierbaluisas...

V

Troncos tendidos, como puentes, sobre
las torrenteras y riachos hoscos,
que no cobran pontazgo al indio pobre,
desnudos de corteza, ásperos, toscos...

Rústico ardid vital que nadie paga,
continuidad leñosa del camino;
senda con llagas, para que en la llaga
pueda afirmarse el pie del peregrino...

Arboles sobre el agua, en són de puente...
Abajo, se revuelca la corriente,
espumando espumar color ceniza...

De lado y lado, bocas de sendero...
Y el puente, que un danzar flexibiliza,
como el alambre del volatinero...

VI

Los árboles exóticos dan pena...
Se aclimatan con tal són de agonía,
con saudade tan grande, tan serena,
que es cosa de hombres su melancolía...

Descentrados al tono del paisaje,
en hojecer y floraciones lerdos,
son nostalgias cubiertas de follaje,
son vastas alamedas de recuerdos...

De su país de origen la añoranza
les parece venir por lontananza...
Ellos saben que un algo extraño existe,

en el aire, en la luz, en el ambiente;
que lo extranjero, por ajeno, es triste;
que es el propio país lo que se siente...

VII

Fue ribereño... Trajo su simiente
la barca sin barquero de la espuma,
después de que le puso en la corriente
un golpe de aire de la selva suma...

Fue ribereño... Pero, cierto día,
se agrietaron sus viejas cicatrices;
y sintió cómo el agua le mordía
la carne subterránea, en las raíces...

Entonces bamboleó, frente a la sierra...
Rodó, por fin, sobre la madre tierra,
tiritando en la savia, en el estambre...

Hoy queda, junto al hueco de la riba,
un haz momificado de raigambre,
como una gran araña boca arriba...

VIII

Arbol de la leyenda caminera,
puesto en el cruce de los dos senderos,
desde donde la Muerte, traicionera,
salta a la grupa de los caballeros...

En la umbría negruzca de tu copa,
las aves musicales no hacen nido:
en ti anidan los buhos— esa tropa
de tinieblas con alas y graznido...

Cuando pasa, de noche, el caminante,
se persigna... Una voz, triste y gangueante,
se escapa de las hojas... Luces blancas

aquí y allá revientan sobre el seto...
Y sienten los caballos, en las ancas,
los huesos de la Muerte— el Esqueleto...

IX

Arbol del cementerio, árbol sin flores...
La calma postumbal te unge de calma...
Hecho de soledad y de dolores,
tienes enferma de silencio el alma...

Qué absoluta mudez... Y qué manera
de asomar, tras las tapias de estos huertos
donde siembra el dolor su sementera
y cae la semilla de los muertos...

Te alimentas, absorto en cien mudeces,
de la carroña humana, y no floreces...
Viejo árbol antropófago, in florido,

tristeza hecha follaje, tantas cosas:
factor de la hojarasca del olvido,
hermanado a las hierbas de las fosas...

SONETARIO DE LOS CAMINOS Y DE LOS SENDEROS

I

Llenos del oro de la espiga rubia,
que en la hononada buenamente encera,
y tostados de sol, de viento y lluvia,
vienen los campos por la carretera...

Vienen los campos: el otero, el valle,
el alcor oloroso que verdea,
la luz de la llanura y de la calle,
la voz del caserío y de la aldea...

Se distiende la cinta del camino
con una rectitud... Es diamantino
el piso enarenado de la vía....

Y tras de la cuneta el agua canta
la canción del sendero y la del día,
cual si le floreciera la garganta...

II

El hierro emblanquecido de los rieles
se tiende, hacia el confin, de cerro a cerro;
y pasa entre maizales y alcaceles,
cosiendo los kilómetros con hierro...

De repente, el convoy... La curva aguda,
el trepidar, el acezido sumo,
el olor a petróleo que trasuda
la máquina, lanzando fuego y humo...

Pasó el convoy... Corrieron los rebaños
tras las bardas, mirando con extraños
ojos de asombro la gran mole bruta...

Y allá, de los hierbales en las olas,
relincharon los potros a la ruta,
parando las orejas y las colas...

III

Cuando se abre un sendero, hay una queja,
y llora la elegía del camino:
la del viejo camino que se deja,
porque ha cumplido ya con su destino...

Elegía inmortal, siempre te ahondo...
Siempre en mis horas de lirismo medras...
Pero —después de todo— hay, en el fondo,
la cuestión de unas matas y unas piedras...

Como no hay transeúnte, avio, carro,
nadie quita las piedras ni el guijarro...
Nace el matorro y el bardal escala...

El camino se queda así tendido,
con su manto de piedra y hierba mala,
en un silencio de sabor de olvido...

IV

Dónde irá cada senda, y hasta qué hora...?
Supe de un loco que, en sus desatinos,
tenía la obsesión viajadora
de encontrar el final de los caminos...

Sólo encontró el final del de la vida...
Yo quisiera saber detalles, nombres,
de cada senda, angosta y retorcida,
de éstas que andamos, al vivir, los hombres...

Por ésta fueron a la fiesta bella
los novios de provincia... Por aquella
pasó el cortejo de los labradores...

Por la última no sé, ni lo averiguo:
pero siento en la flor de mis dolores
un algo tan suavísimo y antiguo...

V

Para acortar distancias, el desvío
se sale de la larga carretera;
la sed del peatón lo traza al río,
y lo traza el cansancio tras la vera...

El desvío, el solaz del ambulante...
Evita el tremedal, borda el pantano...
Con razón reza por el caminante
la caridad del corazón cristiano...

La senda, bruscamente, se disloca,
desde el desfiladero —abismo y roca...
La senda para cabras va a la banda,

en tragedia magnífica de susto...
La senda ahora es un peligro que anda,
un vértigo agarrado de un arbusto...

VI

Los indios de la América que es nuestra
hicieron el carín... Después del paso
difícil, arrojaban, con la diestra,
alguna piedrecilla en campo raso...

La piedra era el cansancio— la ascua roja...
Cubiertos por la Cruz del cristianismo,
aún quedan los carines, que aún se moja
en sudor de viajeros el abismo...

Carín junto al mal paso... Lucha homérica
del aborigen con su propia América,
condórica, amazónica, volcánica...

Lucha del indio con el sueño suyo...
Pero una lucha espléndida y titánica,
como para hombres del Taguantinsuyo...

VII

Vericuetto archivado en la montaña
y que conduce, lánguido, insonoro,
al socavón, a la tremenda entraña,
donde los indios escondieron su oro...

Estribaciones de los Llanganates...
Metal hurtado a la ambiciosa vista
de aquellos tasadores de quilates,
en el crimen genial de la conquista...

Cuentan que Rumñagüe, en esqueleto,
viene y va por la paz del vericuetto...
Y añaden que, si encuentra, de repente,

la sombra de Attaguallpa, el Inca de oro—,
lágrimas de oro lloran fieramente,
y entre los dos sepultan el tesoro...



SONETARIO DE LAS AVES Y DE LAS BESTIAS

I

Jefe del viejo clan, el cóndor viejo...
Con polvo el corazón y con arrugas,
volaba, como acento circunflejo,
el vuelo de ala comba de las fugas...

El alisio —la cólera del este—
hiriéndole la audacia de la vida,
le hizo rodar, por el peñón agreste,
con la sombra en los párpados prendida...

La oscuridad el ánima le inmola...
Pero, al sentir el sol sobre la gola,
las carúnculas mueve con presteza...

Y, como si al sol viera todavía,
por el calor guiada la cabeza,
le sigue, desde abajo, todo el día...

II

Raspa el suelo, y el lomo en tierra baña;
clarina su clarín enronquecido;
y, dentro el corazón de la maraña,
hunde la cornamenta y el mugido...

Se incorpora... Sestea la vacada,
al amor de los grandes algarrobos...
Y el novillo se lanza a la explanada,
dejando un remolino de corcovos...

Topa con el rival... Asta con asta,
bruto con bruto, en la llanura vasta...
Y es, entonces, la guerra de las guerras—

la que rompe el cabestro y las estacas—,
ante un virgen silencio de becerras
y una rumiante impavidez de vacas...

III

Con el atardecer y a sus destellos,
por la senda punal, la de los quingos,
indígena fracaso de camellos,
pasa el tropel de llamas y llamingos...

Alta la testa contra el sol de ocaso,
con baba el belfo, las pupilas buenas,
la menudencia del menudo paso
van marcando, marcando, en las arenas...

Debió de ser hacia una grande luna...
De verse sólo el pajonal, la puna
quiso animalizarse en los rebaños;

puso el seno en matérnicas molestias,
y alumbró estos camélidos huraños
que son los pajonales hechos bestias...

IV

Elegía con alas del pantano,
solitaria, la garza solitaria,
medita nadie sabe qué hondo arcano,
en una eternidad de paz agraria...

Junto al paular le han visto ya tres horas,
en oración mental de ignotos fines,
el paso de las aves migradoras
y el trémulo vaivén de los confines...

De repente— sin duda, porque brota
un proyecto de idea, sombra rota,
en su cabeza—, el pájaro revuela,

torna otra vez al ademán sereno,
y se queda otra vez de centinela,
con las patas clavadas en el cieno...

V

El cóndor, el del impetu de toro,
flageló, a veces, con alazos rudos,
los cóndores de bronce, mármol y oro,
de estatuas, de columnas y de escudos...

En el bajorrelieve y en el alto,
ya sobre el pedestal, ya sobre el plinto,
los hizo vacilar... Y, salto a salto,
salió de los dominios del instinto...

Loco de su locura —la estatuaria—,
se pasaba en la cima solitaria,
en plagio de posturas... Y fue, entonces,

que le dejaron rígido unas balas,
en la misma actitud con que, en los bronces,
los cóndores de bronce abren las alas...

VI

Algo atisba el pumescos, que la puma,
triturando el rugido con los dientes,
cuaja la ira, en la fauce, como espuma,
y el odio, en el mirar, como serpientes...

Hacia la otra ribera, donde emigra
una porción mayor del agua clara,
asoma su cabeza audaz de tigre,
empujando al jaguato, la jaguara...

Las hembras se contemplan, frente a frente,
y saltan, con los ojos, el torrente...
Pero, ante lo imposible, en las marañas

húndense brucas... Y húndense intranquilas,
pues lleva cada cual, en las entrañas,
al menos un zarpazo de pupilas...

VII

La cóndora, la recia emperadora,
arranca, rectilínea, del picacho:
y llegan, por el lado de la aurora,
los lúbricos graznidos de algún macho...

No importa, no está en celo todavía...
Ha disparado al sol el rumbo arisco
para sorber la plenitud del día,
cara a cara la cóndora y el disco...

Pronto es un punto negro... Mas el macho,
peinándose el plumón en el picacho,
la ve sin inquietud indagadora;

porque sabe muy bien que, desde arriba,
excitada de sol, la emperadora,
al fin ha de caer como ascua viva...

VIII

Negro, como los cóndores, este oso
tiene una mancha parda en el costado:
y se ha puesto en dos patas, silencioso,
cerca al declive absurdo del nevado...

Se desgalfa el alud en ese instante,
la nieve se suicida ese momento;
y corre un frío, pero un frío aullante,
por la espina dorsal del torvo viento...

Siente el oso el alud, sobre el abismo...
Bañando la pupila de heroísmo,
salta en el bloque con gruñido leve;

y el oso negro de la parda mancha,
agarrándose al bloque de la nieve,
resbala hasta el final de la avalancha...

IX

Amores que gemis la tarde entera...
La tórtola en el risco y el repecho,
la paloma torcaz en la ladera
y la perdiz blancal en el barbecho...

Desde el golondrinero— las ruinas
de cabañas oscuras en los montes—,
sobre la tarde van las golondrinas,
inquietando en rumor los horizontes...

Ya no hay lumbre de sol... Ya de sus urnas
las aves de rapíña, las nocturnas,
comienzan a salir... Vibran gemidos...

Y tórtolas, perdices y torcaces,
en el hogar de paja de los nidos,
son paz que va a dormir en hondas paces...

X

El cárabo, es el cárabo... Es el ave
que el arbolado de los patios puebla,
y la hora de morir el indio sabe,
graznándole el presagio en la tiniebla...

El cárabo, es el cárabo maldito,
el mensajero de la mala suerte...
Indio que en plena noche oyó su grito,
oído el grito, ha de morir de muerte...

Hoy, insomne de párpado y de idea,
retorcido de insomnio culebrea...
luego siente del ser el agrio enrosque,

y, en el rincón tumbándose, se ovilla...
Que al fin del alma le ha metido el bosque
un cárabo brutal—, la pesadilla...

SONETARIO DE LOS DIOSES Y DE LAS
RAZAS ABORIGENES

I

Hace doscientos años, sí, doscientos...
En una hora salvaje, y de repente,
con incendio de sol y hervor de vientos,
tembló, de polo a polo, el Continente...

Los mares, en mil millas, el Mar todo,
eran la fragua, la acezante fragua,
en tempestad de sal, trombas de yodo,
espumas de huracán y llamas de agua...

La doble cordillera de los Andes,
volcán tras de volcán, prendió los grandes...
Y ellos, de ira plutónica ya ciegos,

reventando el subsuelo de granito,
se cambiaron los fuegos con los fuegos,
caldeándole la cara al infinito...

II

Ya se alza Pakchakámak —el que empieza—,
de gérmenes rodeado y de vestiglos,
envuelto, de los pies a la cabeza,
en el polvo de tiempo de los siglos...

Color de eternidad tiene los ojos—,
unos ojos que el ceño brusco junta,
que dejan escapar fulgores rojos
y que miran el mar de punta a punta...

Pasa el dios, hecho flámula sagrada...
Pasa, pisando el vientre de la nada...
y allí donde el incendio es alma mater,

la luz se atora en el fulgor prendida,
tragándose después, cráter por cráter,
el grito del dolor que se suicida...

III

Remueven luz en las etéreas salas
las tribus que con ley de sol se rigen...
Los cóndores, por fin... Por fin las alas
en que vuele la América aborígen...

Los cóndores... Los hizo el dios un día
de aquellos primitivos, hoy sin nombre,
ante luz vacilante todavía,
como un ensayo para hacer al hombre...

Tomó un por qué de noche serranera,
quitó a los huracanes la cimera,
hurtó collar de espumas al riacho;

sopló su soplo —un huracán más denso—,
y los cóndores fueron, hembra y macho,
sobre la mole del volcán inmenso...

IV

Tierra del Continente americano,
bien está que florezcas y reposes...
En paz la tierra con el dios incano,
sucedió la entrevista de los dioses...

Recibió Pakchakámak, no sin ritos,
del mar celeste en las azules playas,
a los dioses aztecas y a los kitos,
al par de los kichés y de los mayas...

Después, entre rumores de aleteos,
se acercaron los dioses pantzaleos...
Y, al ser el panteón sobre el abismo,

cubrió los mundos una sombra féerica,
y emanó cada dios, de su sér mismo,
un hombre de su raza, para América...

V

Entonces, con estruendo de combates,
ante el asombro heroico de las landas,
se vió pasar los Jakchos y los Attes,
regiamente sentados en sus andas...

Pudo verse, en sus ojos insolados,
rumor de agua de mar que se desgalfa,
membranza de archipiélagos dorados,
nostalgia de islas y ansiedades de alga...

Han venido del mar, trayendo alciones
en el oleaje de los corazones...
Han venido del mar y sus teatros...

Es por eso que hay bruma, lontananza,
conchapería, coral, zargazo, albatros,
en su estólica, en su honda y en su lanza...

VI

Son el mar que se mete golfo adentro...
Son la brusca corriente inmigratoria,
que va a buscar su corazón y centro
en la geografía y en la historia...

La masa humana que camina en bloque;
que el arte rojo de matar ingenia;
que, al fin, produce lo brutal del choque,
ladrando de ontogenia y filogenia...

Hambre y amor, instinto en dos mitades...
Hambre y amor, poder de las edades...
Porque quiere la fruta que se adentre

en sus carnes el hambre, porque hay caza,
fecundado se queda todo vientre,
para el desfile eterno de la raza...

SONETARIO FINAL

I

Torne al mutismo la canción... Es hora
de cerrar el jardín... En la arboleda,
de la tarde la sombra evocadora
como jirones de silencio queda...

La música no cansa... Pero debe,
destemplado el laúd, callar sus sonos,
a que mediten en el ritmo leve
las enseñanzas de los corazones...

Silencio, el gran silencio... No se agota
la virtud armoniosa de la nota...
Y, sin embargo, dicha la belleza,

restan siempre la angustia, lo indecible,
yo no sé qué hiperbólica tristeza
y una sed de mudez inextinguible...

II

El idilio dictáronme las mieses,
las églogas me dieron los boscajes,
y pasé por los campos leoneses
como un emperador de los paisajes...

Sorprendí la hermosura provinciana,
cuando vagaba por el valle a solas;
y este jirón de tierra americana
disolví en las cadencias españolas...

La lira sonó bien—, gracias a ella...
Colaboró conmigo cada estrella,
colaboró conmigo cada rosa...

Y luego tuve la fortuna clara
de que, a mi lado, una mujer hermosa,
al verme con la lira, me escuchara...

III

Paisaje leonés, paisaje claro,
hice tu elogio en frase de poema,
porque, en mitad del Andes, eres raro
por la expresión de tu quietud suprema...

Único en lo apacible y lo fecundo,
único en lo tranquilo y lo sereno,
eres la augusta gravedad del mundo,
tendiéndote en la paz de lo terreno...

De modo propio para ti te he visto...
El golpe emocional de lo imprevisto
conmovió el arte que realiza mi arte...

Y tuve que sentir de otra manera,
porque son cosas que Dios hizo aparte
tu sol, tus campos y tu primavera...

IV

Oh, ríos de León... Tortuosos ríos
que, lamiendo el verdín de las orillas
y bordando los verdes sembradíos,
váis cantando las voces más sencillas...

De la nieve perpetua habéis bajado...
Y se vé que en rodar no habéis costumbre;
pues, cuando váis corriendo por el prado,
llora el agua recuerdos de la cumbre...

Hijos errantes de la nieve blanca...
La espuma que ha cuajado en la barranca
tiene la misma pulcritud del hielo...

Hijos errantes de la nieve andina,
venidos a la tierra desde el cielo,
sois la nieve perpetua que camina...

V

Aldeas de León... Aldeas blancas
entre el fresco verdor del arbolado,
sobre el declive audaz de las barrancas
o la planicie sin igual del prado...

Vidas sencillas, apacibles horas...
Las faenas agrícolas... La espera
de las gentes que van, madrugadoras,
a mirar florecer la sementera...

Aldeas de León, refugio agrario,
especie campesina de sagrario,
que sois los montes y los campos digo...

En la techumbre gris de las cabañas
duermen las pajas en que acaba el trigo
o aquellas en que mueren las montañas...



VI

Caminos de León... Anchos caminos—
sendas abiertas, rectilínea calle—,
sobre los montes de granito andinos,
entre las selvas y a través del valle...

Es la hospitalidad la que trazara
la fácil vía —que la arena alfombra—,
con el arroyo, al borde, de agua clara
y el arbolado, atrás, para la sombra...

Caminos que convidan al descanso...
Caminos que parecen un remanso
de peregrinaciones y viandanzas...

Caminos que bendicen caminantes...
Y que, en su afán de unir las lontananzas,
ni se dejan mirar, por lo distantes...

VII

Cielos cambiantes de León... La aurora
os tiñe en rosicler sedefío que arde,
y de oro puro vuestras nubes dora
con el manso lirismo de la tarde...

Al brillo del cenit, cielos azules
de tal modalidad que hay que entenderla...
Y, alguna vez que os velan unos tules,
cielos de nácar y de conchaperla...

Abundancia de luz, blancor nevado...
Días de sol, de un sol ilimitado
que tiembla de esplendor en el vacío...

Noches de luna, de una luna inmensa,
que se refleja en el cristal del río
y, dentro del cristal, inmóvil piensa...

VIII

Montañas de León, supermontañas...
Rey Cotopaxi, claros Illinizas...
Frio en la cima audaz; y, en las entrañas,
fuego, betún, y piedras, y cenizas...

Cumbres gigantes, llenas de tristeza...
Inmóvil altitud que en Dios se pierde...
En las nubes hundida la cabeza,
y, a los pies, como alfombra, el campo verde...

Montañas de León, augustas, regias...
Montañas de León, cimas egregias
con sol y nieve en la solemne frente...

Moles plenas de ser y moles grandes,
que guardáis el vigor del Continente
en ambas Cordilleras de los Andes...

IX

Boscajes de León, tentaculares...
Donde evocan fantásticos vestiglos
los troncos y raigambres seculares,
agrietados por manos de los siglos...

Espesura sin sol, negror profundo...
Cavernas de hojas donde el tiempo medra
y callan los orígenes del mundo,
trocando el bosque en el carbón de piedra...

Montones —en ilímites esperas—
de cien mil, de un millón de primaveras
pasadas sobre América salvaje...

Humedades, calor, frío que aterra...
Si se alzara en montañas el bosque,
fueran volcanes verdes en la tierra...

X

Raza aborigen de León... Memoria
sepultada en los días... Y tus prendas
en el cofre que amó la prehistoria
para guardar la flor de las leyendas...

Raza preleonesa, raza noble
que el Nuevo Mundo en su vigor evoca:
biceps de acero, músculos de roble,
corazón de huracán y alma de roca...

De volcán a volcán aún se pasea
la belicosa raza pantzalea...
Desnuda al sol en mis recuerdos la hallo...

Y la imagino, al aclarar el día,
desde el cerro hierático de Kallo,
rindiendo al Cotopaxi pleitesía...

XI

Leyendas aborígenes... Mensajes
que a la posteridad manda lo ido,
por sobre las penumbras y celajes
del reino misterioso del olvido...

Poemas de la noche primitiva...
Autóctono cantar de lo remoto...
Ayer, vuelto tristeza pensativa...
Carne, espíritu, sangre de lo ignoto...

Vernáculos consejas, flor de sueño
de entre las nebulosas del ensueño,
os traje a la estación reverdecida...

Y os ungi, buenamente, de frescura,
con el fuerte regalo de la vida
y la promesa de la edad futura...

XII

He dado de mi yo la flor... Mi lampo
hice vibrar en la provincia clara;
y, a la trémula luz, copié su campo,
de una manera plenamente rara...

Ahora, en mis tinieblas me entinieblo...
He dicho, toda, la serena rima;
he cantado la gente de este pueblo,
he cantado esta patria y este clima...

Tengo derecho a descansar del canto,
después que fue preciso anhelo tanto,
pues ya mueren los últimos reflejos...

Tengo derecho a descansar mi día...
Mientras la voz ajena —hacia lo lejos—,
talvez repita alguna estrofa mía...

XIII

Torne al silencio la canción sonora
que en la belleza del país se inspira...
Ha venido la tarde angustiadora,
y el bardo tiene que guardar la lira...

Dulce fue el són, y tuvo su eminencia...
Mas —porque la quietud sus celdas abra—,
calle la suavidad de la cadencia
y muera la bondad de la palabra...

Otra vez, el silencio... La tristeza
que deja la expresión de la belleza
enferma el alma de elegantes males...

Y uno siente en su ser un vasto frío,
un no sé qué de cosas invernales,
un algo tan extraño, tan vacío...